

LOS PRIMEROS SIETE AÑOS

Del libro: El castigo en la autoeducación y en la educación del niño

La peculiaridad y la dificultad, pero también el encanto especial de la tarea pedagógica durante el lapso del primer septenio, reside en que el niño no está, en absoluto o muy poco, capacitado para comprender y seguir los argumentos razonables o los consejos. Por el contrario, se halla anímicamente impregnado, hasta lo indecible, de una confianza ilimitada, completa, susceptible de abrumarnos de confusión, respecto a la bondad, el amor y la conducta ejemplar del adulto. Naturalmente esta confianza es inconsciente, emana de todo su ser, está relacionada con su naturaleza íntima como el sueño, la vigilia, la necesidad de comer y beber. Esta confianza espontánea origina una conducta característica: el niño no desea ni puede hacer otra cosa que todo lo que observa en los adultos. El niño en esta etapa, salvo en casos anormales, se ve impulsado a repetir las palabras o canciones que escucha de labios de su madre.

Se ha definido como "imitativo" este comportamiento. No olvidemos, sin embargo, que esta actitud del pequeñuelo no puede expresarse con una palabra que evoque una intención básicamente consciente. Sin duda, el niño también puede imitar conscientemente, a veces incluso con asombroso talento, pero no se trata aquí de esto. Es un hecho la participación infantil con su ser íntegro, con su cuerpo y alma, en todo lo que hacen los adultos que los rodean; su alma absorbe, tal como lo haría una esponja sumergida en el agua, lo que existe en su ambiente, dejándose impregnar hasta en sus fibras más profundas, hasta los estratos recónditos, oscuros, alejados de la conciencia, allí donde reside la fuente de la voluntad. Los adultos todavía experimentan un último remanente de esa inconsciente participación cuan-

do, al ver bostezar a otra persona, ellos también bostezan, no porque quieran sino porque sienten la necesidad. Escapa a la conciencia esta zona profunda del ser humano, en la que arraigan las fuerzas vitales así como las que impulsan los hábitos. Es también en ella donde tienen su asiento los rasgos permanentes de la personalidad, el temperamento, las estructuras que orientan el comportamiento que nos caracteriza. A ese haz orgánico de costumbres, energías y procesos vitales, dio Rudolf Steiner el nombre de "cuerpo etérico", y es donde tiene su origen lo que llamamos "imitación" en el niño.

Existe más de un nacimiento

En el opúsculo publicado en 1907 "La Educación del Niño a la Luz de la Antroposofía", utilizó Rudolf Steiner una imagen muy significativa para mostrar los vínculos que unen el cuerpo etéreo del niño al del adulto durante el primer septenio de su vida. Dijo que el cuerpo etéreo del niño "nace" a los siete años, más o menos. Esto implica que todo el conjunto de energías vitales y consuetudinarias del niño se halla todavía en íntima unidad con las correspondientes energías del adulto, formando con ellas un organismo tan unificado, tan cerrado en sí, como sucede con el cuerpo físico infantil y el materno antes del nacimiento físico. Y así como, inicialmente, la circulación sanguínea, la alimentación, etc., de madre e hijo se interpenetran entrañablemente, del mismo modo, antes de los siete años, el organismo de las energías morfogenéticas y habituadoras del niño, aunque inaccesible a la percepción sensoria, se confunde todavía con el de los adultos con los que convive.

Con objeto de destacar la fecundidad de esta imagen cognoscitiva para la educación y, particularmente, para la educación moral, permítasenos tomar como punto de partida un ejemplo que muestra cómo, en un caso concreto, se le puede evitar al niño una dolorosa consecuencia, aunque no se trate de una sanción moral propiamente dicha. Se trataba de impedir que un pequeñuelo, que caminaba desde hacía poco tiempo, se quemara al tocar la estufa caliente y así aprendiera a recelarse de ella. Con este objeto, durante las semanas anteriores al momento en que debía quedar encendida, el adulto organizó un juego que se repitió innumerables veces, y que consistía en poner la mano sobre la estufa, retirándola y diciendo al tocarla: ¡Oh! ¡quemá! ¡no se toca! El niño reproducía siempre el gesto hasta que el sentimiento de

temor se transformó en puro reflejo. Así ya no fue necesario que el niño, para instruirse, tuviera que quemarse primero; el "castigo" se hizo superfluo.

Toda persona relacionada con niños puede evocar experiencias parecidas; en muchos sentidos deparan enseñanzas. Vemos en primer lugar, concretamente, que la palabra es inútil sin el gesto que la acompaña. La amonestación no tiene efecto; la demostración sí. En segundo lugar, que toda actuación debe repetirse tantas veces como sea necesario hasta lograr una costumbre bien arraigada. Este doble aspecto del acto es la característica esencial de todo juego infantil. Inspirando y orientando pues, el juego, utilizamos ciertamente una taumaturgia pedagógica asombrosa para modelar a fondo las tendencias y hábitos del niño. Así, por ejemplo, a un pequeño mimado y huraño se le dará en el juego el papel de determinado personaje activo y enérgico: un herrero, tal vez. A un miedoso, el de león, y al temperamento no sociable, el de una persona maternal, que prodiga cuidados. Por el esfuerzo de adaptarse lo mejor posible al personaje o animal que representan, despertará anímicamente en cada uno la energía que le lleve a modificar o compensar los rasgos propios de su carácter. También se puede emplear el método contrario, dándole al niño muy indolente juguetes que funcionen con gran lentitud, así puede desarrollarse en él la tendencia que lo lleve a ser más vivaz y despierto, obligando a un pequeño demasiado inquieto y superficial a que cambie a cada rato de juguetes, para que se despierte en él la tendencia contraria y quiera quedarse más tiempo con el mismo juego. Habrá continuamente que buscar para ellos juegos que compensen las tendencias características que se desea ver modificadas o estimuladas, con el objeto de evitar los tropiezos y dificultades de adaptación que existen en las naturalezas desequilibradas.

A fines del primer septenio, simultáneamente con estos juegos - digámosles dramatizados- ocuparán un lugar cada vez más importante los cuentos de hadas, aunque su plena eficacia no se hará perceptible hasta el segundo septenio ya que, durante los primeros siete años, se ejerce sobre el alma infantil la influencia máxima, no de lo que se dice, sino de lo que se hace. Tratándose, pues, de niños menores de siete años, toda narración ha de acompañarse de palabras y gestos henchidos de vivacidad y expresión. No se les leen cuentos, se les cuentan pero con gestos, pues éstos los que más vívidamente repercuten en el alma infantil y dejan en ella perdurable impresión.

Sin que se dé cuenta, el niño reproduce el movimiento de los labios, la manera de articular, el tono y hasta el timbre de voz. Asimismo, reproducirá el gesto "interior" de la amabilidad, solicitud, goce en el trabajo, piedad... escondido en el gesto del adulto. Porque a esa temprana edad, no se limita únicamente el niño a repetir lo que se ve y oye; lo que hace el cuerpo y la mano no es sino la expresión visible de la bondad y de la alegría en realidad experimentadas.

Esta acción ejercida sobre las fuerzas destinadas a engendrar el hábito y modelar los órganos sobre el cuerpo etéreo, puede intensificarse todavía más si se repiten las actividades suscitadas en el niño, con ritmo regular y rigurosamente observado. Las cosas hechas diariamente, siempre de la misma manera, con un horario fijo -sin llegar a la manía, por supuesto-, la normalidad y el orden en la vigilia y el sueño: he ahí lo que edifica las estructuras de donde nacerán luego costumbres bien arraigadas. Así van formándose los estratos profundos, que alimentan y sostienen el carácter. "Lo que se aprende de niño, se hace de viejo" es un dicho principalmente válido en el campo de lo moral.

Cuando un mocito impulsivo y glotón se ha de sentar a la mesa, hay que velar con cuidado y perseverancia que, antes, se lave bien las manos, a que mastique lentamente y coma con pulcritud, sin ensuciar el mantel. Estos gestos repetidos crean buenos hábitos. Habrá que vigilar estrictamente a que el muchachito dé las gracias siempre que reciba algo, y que comparta con otros lo suyo, lo que nunca hará de buena gana al principio. Nada de todo esto se puede obtener con órdenes o consejos, sino con el ejemplo constante. Podemos decirle, a veces: ¡mira cómo lo hace tu mamá! No cabe duda que esos hábitos crearán en el niño una fuerza que influirá en toda su vida, capacitándolo para transformar su inestabilidad en firme energía, y sus impulsos egoístas en afabilidad y amor al prójimo.

Cuanto más se perciba hasta qué punto es profunda la acción pedagógica sobre la naturaleza infantil, mejor se reconocerá cuán erróneas son las tendencias corrientes en lo que a esto se refiere. La etapa más importante, la más grave en consecuencia, no es la de la adolescencia sino la de la primera infancia. En lo que a la educación moral corresponde, es el jardín de niños y no la universidad lo que importa.